



Scorsese, dirigiendo en Taiwán su filme «Silencio», homenaje a los jesuitas misioneros en el Japón del siglo XVII, que se estrenará el 5 de enero

Martin Scorsese

El cine como cuestión de fe

► Criado entre curas, se redimió filmando la vida de hombres empeñados en descender al infierno. El 5 de enero estrena su última película: «Silencio»

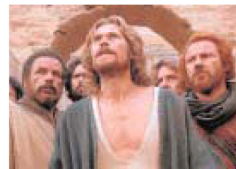
LUCÍA M. CABANELAS
MADRID

Criado entre curas, gánsteres e imágenes en la gran pantalla, el destino de Martin Scorsese, que el 5 de enero estrenará «Silencio», parecía escrito desde que se mudó junto con su familia a Little Italy, un islote católico en el Lower East Side de Nueva York, apenas a seis calles de donde vivía Robert de Niro. «La iglesia y el cine eran los dos únicos sitios a los que mis padres me dejaban ir», confesó en 2005, tras recibir un premio a su trayectoria en Marrakech. Una imposición que pretendía salvar al pequeño Marty de las peligrosas calles del barrio, alejándolo de los revólveres y la mafia, pero que marcaría su carrera.

Su primer mentor fue Francis Princepe, un cura italoamericano al que ayu-

daba cuando era monaguillo y con el que compartía la pasión por el cine. «Veía en él una posibilidad diferente a la que me ofrecían las calles de Little Italy, con todas las tentaciones y oportunidades de perdición», reconoció entonces.

Después del instituto fue al seminario y estudió para cura, pero movido por una inquebrantable pasión por hacer cine, ingresó en la New York University en 1960. Allí conoció a Haig Manoogian, que enseñaba a sus estudiantes a hacer películas sobre su vida. Una lección que Scorsese se grabó a fuego, y que definiría su trayectoria como cineasta. En casi todos sus títulos, la violencia, las drogas, el sexo o la mafia son protagonistas. Pero hay algo que, aunque etéreo en ocasiones, siempre está presente: la religión. Un viaje espiritual en el que lleva embarcado desde su primer largometraje, «¿Quién llama a mi puerta?» (1968), en el que explora la mo-



«Católico fracasado»
La espiritualidad de Martin Scorsese, un «católico fracasado», impregna su obra, desde «Malas calles» a «La última tentación de Cristo», obra tan polémica en su día como valiente

ralidad a través de un hombre perdido entre sus convicciones religiosas y una liberadora experiencia sexual.

Una disputa similar a la que abordó en «Malas calles» (1973), su vuelta al barrio que le vio crecer como un chico «bajito, enclenque y enfermizo, un niño de mamá. Y tan alérgico a los animales que se jugaba la vida si acariciaba a un perro», según lo define Peter Biskind en el libro «Moters tranquilos, toros salvajes» (Anagrama). La película oscila entre la autenticidad documental de Scorsese como testigo de los estercoleros de la ciudad y una atmósfera febril cercana al delirio en la que Charlie (Harvey Keitel), el protagonista, se debate entre prosperar en la mafia o refugiarse en el catolicismo. Y de fondo, las reflexiones del personaje, que en realidad es el propio cineasta: «Los pecados no se redimen en la Iglesia. Se redimen en las calles, en casa. Lo demás son chorradas y tú lo sabes».

Tono místico

Si en las anteriores películas se percibe la influencia religiosa de la mano que mece la cuna, en «Taxi Driver» (1976) el tono místico es ligeramente más ambiguo. El imán que la iconografía divina ejerce sobre Scorsese es tangible en toda su filmografía, desde detalles, como cuando Travis Bickle esboza una cruz en una bala, como en las muchas posturas de personajes que recuerdan a Jesucristo en la cruz.

Aunque en «Toro salvaje» (1980) sigue presente su fervor, Scorsese se aleja del tema de la culpa y opta por explorar el de los efectos del orgullo. Cuando la esperanza parece fuera de alcance para el egoísta púgil, La Motta finalmente encuentra la redención a través



«Silencio», un viejo proyecto que rondaba en la mente del cineasta

J. M. CUÉLLAR

Cuando en 1988 se estaba realizando un pase especial de «La última pasión de Cristo» en Nueva York, Martin Scorsese conoció al arzobispo Paul Moore. Este regaló al director una copia de la novela histórica de Shusaku Endo titulada «Silencio». La obra fue recibida con muy buenas críticas cuando se publicó en Japón en 1966, al tiempo que generaba grandes debates y análisis sesudos, completos y muy rigurosos. La traducción al inglés llegó años más tarde y con ella creció la reputación de la novela como una profunda investigación y reflexión sobre la religión.

Nada más empezar la lectura, Scorsese se sintió cautivado por la novela, hasta el punto de sentir que «Silencio» le hablaba personalmente, según llegó a confesar en «petit comité». Scorsese tuvo una infancia profundamente religiosa, tanto que llegó a

plantearse comenzar el sacerdocio. De ahí su interés permanente por este tema. Con «Silencio» el director llegó a comentar que al leer la novela le sorprendió descubrir que planteaba asuntos muy profundos y serios sobre el cristianismo con los que, según él mismo, «sigo luchando hoy en día. Llegado a este punto de mi vida pienso constantemente en la fe y la duda, la debilidad y la condición humana. Todos ellos son temas que la novela de Endo plantea de una manera directa».

El interés de Martin Scorsese por la novela incrementaba con cada lectura y empezó a trabajar en la adaptación al cine con su colaborador habitual Jay Cocks a finales de la década de 1980, con la intención de llevarla a la pantalla próximamente. Sin embargo, no encontraba el borrador exacto ni lograba financiación, hasta ahora. El filme se estrena el 5 de enero.

de la humildad. Una vez más, desliza una lección citando un versículo del Evangelio según San Juan: «Solo sé esto: una vez fui ciego, y ahora puedo ver».

Más difícil lo tuvo con «La última tentación de Cristo» (1988). Si Scorsese era ya «inestable» de por sí, como reconoció la que fuera su pareja, Sandy Weintraub, la polémica surgida por su particular versión del hijo de Dios, incomprendida por muchos al intentar plasmar cómo Jesús se enfrenta a las mismas tentaciones que cualquier persona, le superó. Pero, como siempre, supo levantarse. Si él no peleaba, alguien lo hacía por él. Así ha sobrevivido el genio incomprendido de Hollywood, que «tenía una sensación malsana de muerte inminente, creía que iba a morir en un accidente de avión o que su salud iba a fallarle, y por eso tenía que conseguir todo lo que pudiera, cuanto antes», recordaría el guionista Jonathan T. Taplin. Y siete años más tarde, el propio Scorsese, en el documental «A personal journey with Martin Scorsese through american movies», resumiría así el dilema: «No veo realmente un conflicto entre la Iglesia y las películas, lo sagrado y lo profano; creo que hay espiritualidad en las películas, aunque sea una fe sustitutiva».

El director, que era «todo fobias y ansiedades (...), que apretaba durante los despegues un crucifijo hasta que los nudillos se le ponían blancos, que vivía agobiado por supersticiones, una mezcla de catolicismo y otros arcanos de su cosecha», buscaba protección en las películas, que le liberaban, le permitían ser valiente y enfrentarse a esos demonios que siempre le han perseguido. Johnny Boy, «el bendito» de «Malas calles», es el espíritu libre que Charlie nie-

ga en su interior, un esbozo del Travis Bickle de «Taxi Driver», una versión más hermética y siniestra del mismo personaje. Gracias a las interpretaciones de De Niro, su actor fetiche, Scorsese pudo dar rienda suelta a su lado oscuro. Como dijo Steven Spielberg, Marty «deja que Bobby se desmadre y pierda el control para que él pueda seguir controlando. Creo que Bobby está sencillamente maravilloso como extensión de lo que Marty podría haber sido, si no hubiera sido di-

Colaboración
Gracias a Robert de Niro, su actor fetiche, dio rienda suelta a su lado oscuro

Influencias
Fellini, Truffaut y Goddard le acercaron a la poesía del séptimo arte

rector de cine». De hecho —explica Biskind—, en «Malas calles», Scorsese hace el papel del asesino a sueldo que viaja en el asiento trasero del coche que se lleva a Johnny Boy igual que en «Taxi driver» interpreta al hombre armado que viaja en el asiento trasero del taxi de Bickle. Es una fantasía del director como asesino. «Ahora, como artista, en cierta manera soy las dos cosas: gángster y cura», llegó a afirmar.

Una estrella

«Marty era la estrella. Estaba en un nivel totalmente diferente. Podía citar películas, describirlas por tomas. Mientras nosotros nos dedicábamos a tontear, tratando de encontrar la exposición correcta, él ya empezaba a filmar esas joyitas», recuerda el director Jim McBride en «Moters tranquilos, toros salvajes». Sin embargo, su estilo no era nuevo, como el nombre de la corriente con la que renovó el desabrido sistema de los estudios de Hollywood. El cine europeo, que prefería ahondar en los aspectos más personales de los artistas y no sucumbir al negocio de la industria, tuvo gran influencia en Scorsese. En su casa no había libros, y fueron Fellini, Truffaut y Goddard los que le acercaron a la poesía del séptimo arte, convirtiéndolo en un autor no solo capaz de contar su vida a través de una cámara, sino también de expiar sus pecados detrás de ella.

Aunque en su día se definió como «un católico fracasado», por ser incapaz de seguir rigurosamente la ortodoxia, Martin Scorsese descubrió que el cine era también una cuestión de fe, y se redimió filmando con clemencia la vida de hombres empeñados en descender al infierno.